

En este sermón, Newman explica en qué consiste el verdadero carácter espiritual del cristiano: tener la mirada fija en Cristo y obrar de acuerdo con sus mandamientos. De modo que la auténtica interioridad, más que volverse continuamente sobre uno mismo para comprobar en qué estado se encuentra nuestra fe, implica salir de uno mismo, en la contemplación del Señor Jesús y en la caridad hacia los hermanos.

## LA SABIDURÍA SALVÍFICA

*“En esto sabemos que lo conocemos, en que guardamos sus mandamientos” (1 Jn 2, 3).*

Conocer a Dios y a Cristo, en el lenguaje de la Escritura, significa vivir bajo la convicción de Su presencia, que es invisible a nuestros ojos corporales. Consiste, de hecho, en tener fe, de acuerdo con la descripción de la fe que hace San Pablo como la sustancia y evidencia de lo que es invisible. Es la fe, pero no como podrían tenerla los paganos, sino la fe del Evangelio; pues sólo en el Evangelio Dios se ha revelado a Sí mismo de tal manera como para permitir esa clase de fe que puede ser llamada, en una forma especial, conocimiento. La fe de los paganos era *ciega*. Era más o menos como avanzar en la oscuridad sobre las manos y los pies. Por eso el Apóstol dice: “que lo busquen aunque sea a tientas” (Hech 17, 27). Pero el Evangelio es una *manifestación*, y está dirigida por lo tanto a los ojos de nuestra mente. La fe es el mismo principio que antes, pero con la posibilidad de actuar a través de un sentido más certero y satisfactorio. Por la vista reconocemos de inmediato los objetos, no así por el tacto. Los conocemos cuando los vemos, pero casi nada hasta ese momento. Es por eso que el Nuevo Testamento abunda tanto en materia de conocimiento espiritual. Por ejemplo, San Pablo ruega que los efesios puedan recibir “el espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Cristo, iluminándose los ojos de su entendimiento” (Ef 1, 17-18); y dice que los colosenses se habían “revestido del hombre nuevo, que se renueva en el conocimiento según la imagen de Aquél que lo creó” (Col 3, 10). San Pedro, de manera similar, se dirige a sus hermanos con el saludo de “gracia y paz, a través del conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor” (2 Pe 1, 2). De acuerdo con la declaración de nuestro Señor en persona: “Esta es la Vida eterna, conocerte a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú has enviado” (Jn 17, 3). Esto no quiere decir, por supuesto, que la fe cristiana no ejercite también abundantemente los otros (por llamarlos así) sentidos del alma, sino que la vista es su sentido peculiar, por el cual se distingue de la fe de los paganos e incluso, puedo agregar, de la de los judíos.

Es claro cuál es el objeto de la visión espiritual que se nos otorga en el Evangelio: “Dios manifestado en la carne”. Aquél que antes era invisible se ha mostrado a Sí mismo en Cristo. No mostró meramente Su gloria, como, por ejemplo, en lo que se designa como una intervención providencial, o una visitación, o en los milagros, o en las acciones y el carácter de los hombres inspirados, sino que realmente Él mismo vino a la tierra, y fue visto por los hombres en forma humana. En el mismo sentido en el cual diríamos que hemos visto a uno de sus servidores, Apóstol o Profeta, aunque no pudiéramos ver su alma, así ha visto el hombre al Dios Invisible. Y poseemos en los Evangelios la historia de su estadía entre sus creaturas.

Conocer a Dios es la Vida eterna, y creer en Su manifestación evangélica es conocerlo. Pero, ¿cómo podemos saber que lo conocemos? ¿Cómo podemos estar seguros de que no

estamos confundiendo la visión clara y verdadera por alguna ensoñación nuestra? ¿Cómo podemos saber que no somos como vigías que miran a la distancia a través de una atmósfera neblinosa y que confunden un objeto por otro? El texto nos responde clara e inteligiblemente, aunque algunos cristianos recurran a otras pruebas de ello o no tengan paciencia para plantearse la pregunta. Ellos dicen estar bastante seguros de tener verdadera fe, dado que la fe lleva consigo su propia evidencia y no admite error alguno respecto de la verdadera convicción espiritual, al ser ésta distinta en su género. Por otra parte, San Juan dice: “En esto sabemos que lo conocemos, en que guardamos sus mandamientos” (1 Jn 2, 3). La obediencia es la prueba de la fe.

De este modo, todo el deber y la ocupación de un cristiano se compone de estas dos partes : fe y obediencia ; “mirar hacia Jesús”, el Objeto Divino, así como el autor de nuestra fe, y actuar de acuerdo con Su voluntad. No descarto que cierto talante espiritual, ciertas nociones, afectos, sentimientos y estados de ánimo sean una condición necesaria de un estado salvífico. Pero, de hecho, el Apóstol no insiste en ello, como si este talante espiritual se siguiese con seguridad si nuestros corazones crecieran en estos dos objetos principales: la visión de Dios en Cristo y la diligente búsqueda de obedecerlo en nuestra conducta.

Entiendo que corremos el peligro, en nuestros días, de no insistir en ninguno de estos dos aspectos como debiéramos, tomando toda consideración verdadera y cuidadosa del Objeto de la fe como árida ortodoxia, sutileza técnica, y cosas por el estilo, y a toda debida sinceridad acerca de las buenas obras como pura moralidad fría y formal, y haciendo en cambio de la religión o, más bien (pues éste es el punto), haciendo consistir la prueba de que somos religiosos en tener lo que se llama un estado espiritual del corazón, descuidando, en comparación, el Objeto del cual debe surgir y las obras en las cuales debiera resultar. En este tiempo, cuando estamos especialmente abocados a considerar el pleno triunfo y la manifestación de nuestro Señor y Salvador, cuando Él fue “manifestado como el Hijo de Dios con poder, al resucitar de entre los muertos”, puede ser oportuno hacer algunas observaciones sobre un error que llega a despojarnos del beneficio de su condescendencia.

San Juan se refiere al conocimiento de Cristo y a la fidelidad a Sus mandamientos como a los dos grandes ámbitos del deber religioso y de la bendición. Conocer a Cristo es (como he dicho) discernir al Padre de todos, tal como se manifiesta a través de su Hijo Unigénito encarnado. En el mundo natural tenemos destellos frecuentes y sobrecogedores de Sus atributos gloriosos: de Su poder, sabiduría y bondad ; de Su santidad, Sus juicios temibles, Su largo recuerdo del mal, Su gran paciencia hacia los pecadores, y Su misericordia que nos rodea en el momento en que menos la buscábamos. Pero para nosotros, mortales, que vivimos por el día, y no vemos más allá de un brazo, tales revelaciones son como el reflejo de un paisaje en un espejo roto; no nos capacitan en ningún sentido alentador para conocer a Dios. La fe puede servirse efectivamente de ellas, pero apenas disfrutarlas. Este fue entonces uno de los beneficios de la venida de Cristo, que el Dios Invisible fue revelado en la forma y en la historia del hombre, revelado en aquellos aspectos en los cuales los pecadores más necesitaban conocerlo y de los cuales la naturaleza hablaba menos claramente, como un Gobernador de sus criaturas Santo y a la vez Misericordioso. Y así los Evangelios, que contienen el memorial de Su maravillosa gracia, son nuestros principales tesoros. Ellos pueden ser llamados el texto de la Revelación, y las cartas, especialmente las de San Pablo, son como comentarios sobre ellos, desplegándolos e ilustrándolos en sus varias partes, convirtiendo la historia en doctrina, las leyes en sacramentos, las palabras o acciones aisladas en principios, predicando así fielmente por todas partes Su Persona, obra y voluntad. San Juan es tanto profeta como evangelista, pues relata y comenta el ministerio de su Señor. Pero, en todo caso, Él es el principal Profeta de la Iglesia, y sus apóstoles no hacen sino explicar sus palabras y acciones, de acuerdo con su propia descripción de la guía a ellos prometida, que debería “glorificarlo” a Él. Un servicio similar le prestan los credos y las exposiciones

doctrinales de la primera Iglesia, que conservamos en nuestros Servicios. Ellos no hablan de un ser ideal, como aquellos que la sola imaginación contempla, sino del mismo Hijo de Dios, cuya vida está relatada en los Evangelios. Así cada parte de la Revelación tiende a la manifestación de Aquél que es su centro.

Volviéndonos de Él a nosotros mismos, encontramos una regla breve que nos fue dada : “Si ustedes me aman guardarán mis mandamientos” (Jn 14, 15). “El que dice que permanece en Él, debe proceder de la misma manera que Él” (1 Jn 2, 6). “Si ustedes han resucitado con Cristo, busquen las cosas de lo alto, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios” (Col 3, 1). Esto es todo lo que se nos exige, difícil en verdad de cumplir, pero fácil de entender. Es todo lo que se nos exige - y por esta simple razón, porque Cristo ha hecho todo lo demás. Él nos ha elegido libremente, murió por nosotros, nos regeneró, y ahora vive siempre para nosotros. ¿Qué falta? Simplemente que nosotros nos comportemos como Él lo hizo con nosotros, manifestando Su gloria por medio de buenas obras. De este modo, una fe correcta o, como la llamamos comúnmente, ortodoxa, y una vida obediente es la tarea completa del hombre. Es lo que, con toda seguridad, se ha afirmado siempre. Busquen en las actas de la antigua Iglesia, o en los escritos de nuestros propios venerables obispos y maestros, y vean si no es ésta la suma completa de la religión, de acuerdo a los símbolos en los cuales los niños son catequizados: el Credo, la Oración del Señor y los Diez Mandamientos.

Sin embargo, se objeta que tal visión del deber religioso favorece el autoengaño, que un hombre que no hace más que creer correctamente y guardar los mandamientos de Dios es lo que se llama un formalista, que su corazón no está comprometido en el asunto, que sus afectos permanecen sin renovarse. Y que, hasta que ocurra allí un cambio, toda la fe y toda la obediencia que la mente pueda concebir no son sino externas, y no tienen valor alguno; que a su corazón, por lo tanto, debemos dirigir nuestro llamado, que debemos pedirle que se investigue a sí mismo, que examine sus motivaciones, que observe detenidamente si no está confiando en sí mismo, y que se asegure de que sus sentimientos y pensamientos sean espirituales antes de darse un respiro. El mérito de esta visión de la religión será considerada más adelante. Por el momento, tomémosla meramente en carácter de objeción a lo que se ha afirmado. Pregunto, pues, a mi vez, ¿cómo puede saber un hombre que sus motivaciones y afectos son adecuadas sino por sus frutos? ¿Pueden acaso aquéllas ser evidentes por sí mismos? ¿Son semejantes a los colores, que el hombre conoce de inmediato sin pruebas ni medición? ¿No es todo sentimiento y opinión de un color o de otro, aceptable o desagradable, en el juicio propio de cada hombre, de acuerdo con el haz de luz bajo el cual está centrada su alma? ¿No es la luz que hay en un hombre a veces incluso oscuridad, a veces penumbra, y a veces de esta o aquella tonalidad, tiñendo cada parte de sí mismo con su peculiaridad propia? ¿Cómo es posible entonces que un hombre pueda examinar correctamente sus sentimientos y afectos mediante la luz que hay en él? ¿Cómo puede distinguir con precisión su carácter, si son cristianos o no? Es necesario que salga fuera de sí mismo para probar y verificar la naturaleza de los principios que lo gobiernan, esto es, debe recurrir a sus obras y compararlas con la Escritura como la sola evidencia para sí mismo de que su corazón es o no perfecto ante Dios. Parece, por consiguiente, que la investigación propuesta para los procesos de la mente de un hombre no significa absolutamente nada, no conduce a resultado alguno, nos deja donde nos encontró, a menos que adoptemos la tesis (que, sin embargo, rara vez se sostiene abiertamente) de que la fe religiosa es evidente por sí misma.

Por otra parte, los actos de obediencia son una evidencia inteligible, más aún, la única evidencia posible, y, en definitiva, una evidencia satisfactoria de la realidad de nuestra fe. No digo que esta o aquella buena obra indique algo; pero un itinerario de obediencia dice mucho. Diversos actos, hechos en diferentes campos del deber, se sostienen y dan testimonio unos de otros. Si un hombre tan sólo actuara un papel audaz y firme, tendría motivos para decirse a sí mismo: “Quizás todo esto es *mero* orgullo y obstinación”. Si se limitara tan sólo a ceder y a

perdonar, podría estar siendo indulgente con una natural indolencia de espíritu. Si fuera tan sólo laborioso, esto podría concordar con un mal carácter, o con la autosuficiencia. Si tan sólo cumpliera con los deberes de su vocación temporal, no tendría prueba alguna de haber entregado su corazón a Dios. Si tan sólo fuera con regularidad a la iglesia y a comulgar, hay muchos de estos hombres que tienen una conciencia laxa, que no son escrupulosamente honestos en su conducta, o que juzgan con severidad, o que son mezquinos. ¿Alguno posee lo que se llama un carácter doméstico, amable, afectuoso, amante de su familia? Que tenga cuidado de no poner a su mujer y a sus hijos en el lugar de Dios que se los ha dado. ¿Es solamente templado, sobrio, casto, correcto en el hablar? Esto puede surgir de mera apatía e insensibilidad, o puede coincidir con la soberbia espiritual. ¿Es entusiasta y servicial? Esto puede provenir de la jovialidad de espíritu y de la ignorancia del mundo. ¿Elige a sus amigos por un patrón estrictamente ortodoxo? Puede ser duro y poco caritativo. ¿O es celoso y apto para defender la verdad? Sin embargo, puede ser incapaz de condescender con hombres de condición humilde, de alegrarse con los que se alegran y de llorar con los que lloran. No hay nadie sin alguna que otra buena cualidad: Balaam tenía escrúpulos por deformar el mensaje de Dios, Saúl era valiente, Joab era leal, el profeta de Betel reverenciaba a los servidores de Dios, la hechicera de Endor era hospitalaria. De ahí que, lógicamente, el criterio para distinguir una *mente espiritual* no es una buena obra o una única disposición. Aún así, por otra parte, no hay nadie con estas características que no lo evidencie exteriormente en forma apropiada y en la medida en que estos actos exteriores son múltiples y variados, la evidencia de una mente espiritual se vuelve más fuerte y más alentadora. La escrupulosidad general es la única garantía que podemos tener de poseerla. Y a esto debemos aspirar, determinándonos a obedecer a Dios sin excepción, con un celoso cuidado de todas las cosas, pequeñas y grandes. Esto es, en el lenguaje de la Escritura, “servir a Dios con un corazón perfecto”, como lo verán de inmediato si comparan las respectivas reformas de Jehú y Josías.

En la medida en que un hombre tiene razones para suponer que es coherente, en esa medida puede confiar humildemente en la autenticidad de su fe. Ser coherente, “caminar sin falta en todos los preceptos del Señor”, es su única ocupación, mientras mira constantemente con reverencia hacia el gran Objeto de la fe, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres Personas, un único Dios, y el Hijo encarnado por nuestra salvación. Ciertamente tendrá lo suficiente para dirigir su proceder con mantener la mirada en Dios y su trabajo entre las manos, aunque se abstenga de sondear curiosamente sus sensaciones y emociones. Y si se objeta que la evidencia de las obras no es sino un frío consuelo, débil y parcial en el mejor de los casos, respondo que, después de todo, es más que lo que los pecadores tienen derecho a pedir - que si al comienzo es poco, aumenta con nuestro crecimiento en la gracia - y, además, que semejante evidencia, más que ninguna otra, nos lanza en la fe sobre la amorosa bondad y los sufrimientos meritorios de nuestro Salvador. Seguramente, hasta nuestras mejores obras están impregnadas por la mancha del pecado, lo cual nos recordará siempre, mientras lo consideremos, dónde se aloja nuestra verdadera esperanza. Los hombres están satisfechos consigo mismos no cuando intentan ser fieles, sino cuando descuidan los detalles del deber. La desobediencia ciega la conciencia, la obediencia la hace penetrante y sensible. Cuanto más *hacemos*, más debemos confiar en Cristo. Y esta no es, con seguridad, una doctrina poco feliz que, después de darnos cualquier evidencia que pueda darse de nuestra seguridad, nos lleva a calmar nuestra inquietud egoísta y a olvidar nuestros temores en la visión del Hijo de Dios encarnado.

Por último, se puede objetar que, dado que muchos actos de obediencia son en sí mismos actos de la mente, para hacerlos bien necesariamente debemos examinar nuestros sentimientos. Se nos dirá que no podemos rezar, por ejemplo, sin reflexionar sobre nosotros mismos mientras empleamos las palabras de la oración y mantenemos nuestros pensamientos en Dios; que no podemos reprimir la ira o la impaciencia, o abrigar pensamientos de amor y

de perdón sin sondearnos y vigilarnos a nosotros mismos. Pero un argumento semejante se apoya en una concepción errónea de lo que he estado diciendo. Todo lo que sostendría es que nuestro deber reside en actos - actos, por supuesto, de todo tipo: actos de la mente, como de la lengua o de la mano -. Pero, como quiera que sea, reside principalmente en actos. No reside directamente en estados de ánimo o sentimientos. Aquél que aspira a orar bien, a amar con sinceridad, a discutir con mansedumbre, según se presentan las respectivas obligaciones, es sabio y religioso. Pero aquél que aspira vagamente y en general a adquirir un estado de ánimo espiritual, se enreda en palabras engañosas, que cobran significado sólo al volverse perjudiciales. Hagamos nuestro deber tal como éste se presenta; éste es el secreto de la fe verdadera y de la paz. Tenemos dominio sobre nuestros actos, por la gracia de Dios; no tenemos poder directo sobre nuestros hábitos. Asegurémonos de obrar según Dios y nuestros hábitos se seguirán de ello. Supongan que un hombre religioso se encuentra, por ejemplo, en compañía de desconocidos: toma las cosas como vienen, habla con naturalidad, opina sobriamente y hace el bien acorde con cada oportunidad que se le presenta. Su corazón está en su obrar y sus pensamientos descansan sin esfuerzo en su Dios y Salvador. Éste es el camino de un cristiano. Él deja para la persona mal instruida el esforzarse tras un así llamado estado de ánimo espiritual en medio del ajetreo de la vida. Tal estado de ánimo no existe sino como intención y como algo que se profesa. El verdadero carácter espiritual es invisible para el hombre, como el alma misma, de la cual aquel carácter es una cualidad. Y así como el alma es conocida por sus operaciones, así el carácter espiritual es conocido por sus frutos.

Agregaré también que la práctica del examen de conciencia consiste más en detectar lo que en nosotros está mal que en averiguar lo que está bien. No puede seguirse ningún daño de contemplar nuestros pecados, con tal que nos mantengamos en la presencia de Cristo e intentemos superarlos. Semejante revisión de uno mismo no conducirá sino al arrepentimiento y a la fe. Y, mientras hacemos esto, sin duda iremos modelando en nuestros corazones una figura más elevada y celestial, pero, con todo, indirectamente, tal como el justo medio es alcanzado en la acción o en el arte, no al contemplarlo y aspirar a él directamente, sino negativamente, al evitar los extremos.

En conclusión, la esencia de la fe es mirar fuera de nosotros mismos. Ahora bien, consideren qué clase de creyente es aquél que se encierra a sí mismo en sus propios pensamientos y descansa en el obrar de su propio espíritu, y piensa en su Salvador como en una idea de su imaginación, en lugar de hacerse a sí mismo a un lado y vivir de Aquél que habla en los Evangelios.

Hasta aquí hemos considerado, a modo de ilustración, la visión de la fe religiosa que ha sido admitida siempre en la Iglesia Católica y que, indudablemente, es salvífica. Mañana tengo intención de hablar más particularmente de otro sistema de pensamiento que ha surgido en estos últimos tiempos.

*Traducción: Lucas Laborde, seminarista Santa Fe*